



El Antropoceno, una nueva era

► El mundo científico piensa que en la década de los 50 se produjo el tránsito del Holoceno al Antropoceno, una nueva época geológica presidida por los residuos que generamos los humanos, los tecnofósiles. Cosas tan cotidianas como el plástico, el hormigón, el aluminio, los insecticidas, el carbono negro o el metano. A este cóctel ya de por sí explosivo habría que añadir el plutonio, da igual que sea el 239 o 240. Están por todas partes, aunque no los veamos. Condicionan de tal manera nuestra existencia que se ya se habla de la tecnosfera como de una nueva capa artificial de la Tierra, en la que metemos las ciudades y la miriada de objetos que las conforman, las vías de comunicación, los polígonos industriales, las grandes obras civiles o militares, los vertederos, en definitiva, todo lo diseñado por el ser humano y que seguirá aquí cuando nosotros ya no estemos.



disciplinar. Nos extraña que aún no le haya caído alguno de los premios asturianos. Y después de tanto trajar e investigar y publicar llega a una espantosa conclusión: si seguimos empecinados en el desenfreno consumista entraremos, con seguridad a lo largo del siglo XXI, en un estado de colapso que llevará a que una parte considerable de la Humanidad desaparezca o subsista en unas condiciones deplorables. Puede que ya nos pille a nosotros de lleno. Seguro que a nuestros descendientes. A lo mejor no hay marcha atrás.

El libro no tiene desperdicio. Repasa ejemplos de civilizaciones y culturas que jamás pensaron que desaparecerían por llegar a una situación de atoramiento. Como los anasazi, los mayas, los vikingos, Haití. La que más impresiona es la triste historia de la idílica Isla de Pascua. Cuando la visitó le llamaron la atención varias cosas. Los espectaculares moais, tanto aislados como dispuestos en plataformas llamadas ahu, la casi absoluta ausencia de árboles y las muchas estatuas dispersas por la isla en distintos grados de realización y abandonadas a su suerte, su muerte.

Aprendemos que la de Pascua era una sociedad no muy belicosa y que estaba dividida en tribus que competían entre ellas por ver quién era capaz de superar a los rivales en las construcciones megalíticas. No sólo era necesaria la piedra, obvio, sino que también se precisaban árboles para fabricar sogas con las que tirar y tirar y troncos para levantar y alzar, además de para construir canoas, techar las cabañas, obtener aceite y agenciarse un licor de melaza fiestero y coloccón. Por erigir esos moais que admiramos nosotros y reverencian ellos fueron capaces de talar hasta el último árbol. Hubo alguien, dice Diamond, que cortó el último. Ya sin ellos se inició un lento declive: dejaron de salir a pescar a mar abierto, la dieta empezó a empobrecerse, vinieron épocas de hambrunas, se tuvieron que alimentar de ratas, recurrieron al canibalismo, fueron esclavizados por los chilenos... No es descabellado pensar que este capítulo también se podría haber llamado *¿Cuántos árboles necesita el Hombre?*

EL TORTAZO

► Parece que sí, pero apenas hay diferencias entre el cuento del ruso y el relato del americano. Uno nos planteó el haz y otro el envés. En el fondo, en realidad, todos pensamos que podemos seguir la loca carrera del consumo, el desenfreno y el eterno crecimiento porque todavía hay tiempo para rectificar y regular y reconducir la situación. Que hay espacio más que suficiente para guardar, esconder y ocultar en la tierra, en el aire, en el agua los desperdicios que generamos a mansalva y por doquier. Qué ilusión. Qué espejismo. Menudo engaño. No hay más que acercarse a la obra de Laurence Smith, *El mundo en 2050* o leer el espanto que en

Lecturas inquietantes

- 1 **Colapso**
Jared Diamond
- 2 **Cuánta tierra necesita un hombre**
Lev Tolstoi
- 3 **De animales a dioses**
Yuval Noah Harari
- 4 **El mundo en 2050**
Laurence C. Smith
- 5 **Un mundo feliz**
Aldous Huxley
- 6 **Oryx y Crake**
Margaret Atwood
- 7 **Dudo Errante**
Russell Hoban
- 8 **El mundo sin nosotros**
Alan Weisman
- 9 **1984.**
George Orwell
- 10 **La carretera**
Cormac MacCarthy
- 11 **Medio planeta**
Edward O. Wilson
- 12 **Investigación y Ciencia (nº 482)**

Oryx y Crake nos muestra Atwood.

El panorama, no lo vamos a ocultar, es a ratos desolador, apocalíptico, desquiciante: sequías cíclicas, huracanes furiosos, contaminación ambiental, erosión, deforestación, incendios, calentamiento, mutaciones genéticas. Un infierno que quizás quede simbolizado en el plástico. Ya tenemos montañas de plástico en Yakarta, una gigantesca isla de plástico en el Pacífico, el plástico que en forma de micropartículas indestructibles entra en la cadena trófica de los más diminutos pececillos, los boquerones o los jurelillos, y es entonces el acabóse porque terminaremos comiendo cachitos de plástico con pipirrana.

¿Hay entonces una salida en este laberinto? Es una respuesta que no estamos en condiciones de responder. En nuestro día a día nos limitamos a reciclar las pilas, a intentar clasificar la basura, a no regodearnos en placenteras duchas prohibitivas y a recordar unos versos de Jorge Manrique, de hace más de medio siglo, de cuando murió su padre y le entró la pena y le dedicó las conmovedoras *Coplas*. Y dicen: «No mirando a nuestro daño,/corremos a rienda suelta/ sin parar;/ desde que vemos el engaño/ y queremos dar la vuelta,/ no hay lugar». La adaptación al español moderno es nuestra pero, vista la situación, tampoco tiene demasiada importancia.